

**CONSEJOS
Y
RECUERDOS**

por

**SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
DOCTORA DE LA IGLESIA**

CONSEJOS Y RECUERDOS

APOSTOLADO MARIANO

C/ Recaredo, 44

41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-153-9

D.L.: Gr. 780-98

Impreso en Azahara SL

Impreso en España

Printed in Spain

CONSEJOS Y RECUERDOS

1.—En las conversaciones de la Santa con sus novicias encontramos las más preciosas enseñanzas.

Una de dichas novicias refiere:

—Como sintiera desaliento en vista de mis imperfecciones, díjome sor Teresita del Niño Jesús:

—V. C. (1) me hace pensar en un niño que empieza a tenerse en pie, pero que todavía no puede andar. Queriendo absolutamente llegar a lo alto de una escalera, para reunirse con su mamá, levanta su piececito para subir el primer escalón. ¡Esfuerzo inútil! Siempre vuelve a caer sin poder adelantar. Pues bien, sea V. C. como este pequeño; por la práctica de todas las virtudes, levante continuamente su piececito para subir la escalera de la santidad, mas no se imagine que podrá subir ni siquiera el primer peldaño. No, pero

(1) Es una costumbre del Carmen el llamarse por Vuestra Caridad entre Hermanos y Religiosas. A los Padres y Superiores se les llama por Vuestra Reverencia. De aquí el uso frecuente de las abreviaturas V. C. o V. R. en los escritos de la Santa Carmelita.

Dios no le pide sino buena voluntad. Desde lo alto de la escalera la está mirando con amor; muy pronto, vencido por los inútiles esfuerzos de V. C., bajará El mismo y, tomándola en sus brazos, se la llevará para siempre a su reino, donde jamás se separará de su lado. Pero si deja de levantar el pie, la dejará por mucho tiempo en la tierra. El único medio de hacer rápidos progresos en el camino del amor —añadía— consiste en quedar siempre muy pequeña. Así procedí yo; por eso puedo cantar ahora con nuestro Padre San Juan de la Cruz:

«Y abatíme tanto, tanto,
Que fui tan alto, tan alto,
Que di a la caza alcance» (2).

* * *

2.—Sometida a una tentación que me parecía imposible vencer, le dije:

—Esta vez no puedo sobreponerme a ella, es imposible.

A lo cual me respondió ella:

—¿Por qué busca sobreponerse? *Pase sencillamente por debajo de ella.* Bueno es para las almas grandes remontar el vuelo sobre las nubes cuando ruge el huracán; a nosotras nos basta soportar

(2) San Juan de la Cruz: *Coplas del alma que pena por ver a Dios.*

pacientemente los aguaceros. ¡Tanto peor si salimos algo mojadas!; nos secaremos después al sol del amor. Recuerdo a tal propósito este rasgo de mi niñez: un caballo nos cerraba la entrada del jardín; se discutía por los que me rodeaban la manera de hacerlo retroceder; pero yo, dejando que discutieran, pasé muy quedito por entre sus piernas... ¡He aquí lo que se gana en continuar siendo bajita!

* * *

3.—«Nuestro Señor contestaba en otro tiempo a la madre de los hijos de Zebedeo: *“El estar a mi diestra y siniestra es para aquellos a quienes la ha destinado mi Padre”* (3). Se me figura a mí que estos puestos distinguidos negados a grandes santos y a mártires, serán el patrimonio de los niños.

¿Acaso no es esto lo que profetizó David cuando dice: *“El pequeño Benjamín presidirá las asambleas”* (de los santos)?» (4).

* * *

4.—«No conviene que V. C. esté criticándolo todo, procurando que todo el mundo se conforme con su opinión. Ya que pretendemos ser *niños*,

(3) San Mateo, XX, 23, y San Marcos, X, 40.

(4) Salmo LXVII, 29 (texto hebreo).

imitémoslos; los niños no distinguen lo que es mejor, sino que todo les parece bien. Por otra parte, carece de mérito el hacer lo razonable.»

* * *

5.—«Mis protectores en el cielo y mis predilectos son los que lo han robado, como los Santos Inocentes y el Buen Ladrón. Los grandes santos lo ganaron con sus obras; pero yo quiero imitar a los ladrones, quiero apropiármelo con maña de amor, que me abrirá las puertas a mí y a los pobrecitos pecadores. El Espíritu Santo me anima, ya que dice en los Proverbios que *los pequeñuelos adquieran de El sagacidad*» (5).

* * *

6.—¿Qué haría si pudiera volver a empezar la vida religiosa? —le preguntaron.

—Me parece que haría lo mismo que he hecho (6).

—Entonces, ¿no siente, pues, V. C. como aquel solitario que decía: «Aun cuando hubiera vivido largos años en la penitencia, mientras me quedare un cuarto de hora, un soplo de vida, temería condenarme»?

(5) Prov., I, 4.

(6) Vea el lector «Novissima Verba», 12 de julio.

—No, no puedo participar de este temor; soy demasiado pequeña para condenarme; *los niños pequeños no se condenan* (7).

—Siempre procura V. C. parecerse a los niños pequeños. Díganos, pues: ¿qué debe hacerse para poseer el espíritu de niño? ¿Qué es el permanecer pequeño?

—Permanecer pequeño es reconocer la nada de uno; esperar todo de Dios, *como un niño lo espera todo de su padre; no inquietarse por nada, no procurar llegar a ser rico*. Aun en las casas más pobres, mientras el niño es pequeñito, se le da todo lo que necesita; mas luego que llega a ser mayor, ya no quiere alimentarlo su padre, sino que le dice: «Ahora trabaja, que ya te bastas tú solo.» Pues precisamente para no oír eso jamás, no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganar la vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger las flores del amor y del sacrificio y ofrecerlas a Dios para recreo suyo.

Ser pequeña significa también no atribuirse a sí misma las virtudes que se practican, juzgándose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de virtud en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; y siempre es el tesoro de Dios.

(7) Vea el lector «Novissima Verba», 10 de julio.

Consiste, en fin, en no desanimarse por las propias faltas, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño (8).

* * *

7.—A fin de imitar a nuestra angélica Maestra, no quería yo crecer, por lo que ella me llamaba «la niñita». Durante un retiro, me escribió estas líneas:

«No repare el decir a Jesús que le ama, aun sin sentirlo, porque es la manera de obligarle a que la socorra, a llevarla como un niño que todavía no tiene fuerza para andar.

Es una prueba muy dura verlo todo negro; pero esto no está del todo en su mano; haga todo cuanto pueda para desligar su corazón de los cuidados de la tierra y, sobre todo, de las criaturas; después, esté segura de que Jesús hará lo demás; no podrá permitir que caiga en el abismo. Consuélese, niñita mía, pues en el cielo no lo verá ya *todo negro*, sino *todo blanco*. Sí, todo estará revestido de la divina blancura de nuestro Esposo, el Lirio de los valles. Juntas le seguiremos dondequiera que vaya... ¡Ah, aprovechémonos del cortísimo instante de nuestra vida! Agrademos a Jesús, salvándole almas con nuestros sacrificios. Sobre todo, seamos pequeñitas, tan pequeñitas que todo el mundo pueda piso-

(8) Vea el lector «Novissima Verba», 6 de agosto.

tearnos sin que nosotras parezcamos siquiera sentirlo ni padecer por ello.

No me sorprenden las derrotas del niño; olvida que, siendo también misionero y guerrero, ha de privarse de las consolaciones demasiado infantiles. Pero, ¡qué feo es perder el tiempo aburriéndose, en vez de adormecerse sobre el corazón de Jesús!

Si la obscuridad de la noche amedrenta al niño, si éste se queja de no ver a Aquel que le lleva, *cierra los ojos*; éste es el único sacrificio que Jesús le pide. Quedando así, quietecito, la noche no le asustará, porque ya no la verá, y pronto la calma, si no la alegría, renacerá en su corazón» (9).

* * *

8.—Para ayudarme a aceptar una humillación, me hizo esta confidencia:

—Si no hubiese sido admitida en el Carmen, hubiera ingresado en un refugio, para vivir allí desconocida y menospreciada en medio de las pobres «arrepentidas». Mi dicha hubiera consistido en pasar por tal a los ojos de todos, y me

(9) Esta confesión nos la hace Sor Marta de Jesús, Hermana de Velo Blanco, novicia de la Santita, de quien fue muy amada. Véase lo que dijimos anteriormente al hablar de las novicias que tuvo la Santa. «Historia de un Alma», cap. IX. (Conf. «Lettres de Ste. Thérèse de l'Enfant Jésus». Ed. I, 1948. Année 1894. Letre CLII, pág. 287, donde puede leerse el original de este billetito escrito por la Santita.)

hubiera convertido en apóstol de mis compañeras, diciéndoles lo que pienso de la misericordia de Dios...

—Pero, ¿cómo hubiera conseguido ocultar su inocencia al confesor?

—Le habría dicho que en el mundo había hecho ya una confesión general, y que me estaba prohibido renovarla.

* * *

9.—¡Oh, cuando pienso en lo que me falta adquirir aún! —exclamé cierto día.

—Diga mejor *perder*. Jesús es quien se encarga de llenar su alma a medida que V. C. la vacía de sus imperfecciones. Estoy viendo que yerra el camino; por ahí jamás llegará al término de su viaje. V. C. quiere subir una montaña y Dios quiere hacérsela bajar; allá la espera, abajo, en la fértil hondonada de la humildad.

* * *

10.—«Se me figura que la humildad es la verdad. No sé si soy humilde, pero sé que veo la verdad en todas las cosas» (10).

* * *

(10) Este pensamiento corresponde en todo a una verdadera hija de Santa Teresa, que quería que sus hijas anduviesen

11.—Verdaderamente, V. C. es una santa.

—No, yo no soy una santa; jamás he realizado las acciones de los santos; *yo soy un alma pequeña, a la que Dios ha colmado de gracias...* En el cielo verá cómo digo verdad (11).

—Pero siempre ha sido fiel a las divinas gracias, ¿verdad?

—Sí, *desde la edad de tres años*, nada he negado a Dios. Con todo, no puedo gloriarme de ello. ¿Ve cómo esta tarde el sol poniente dora las copas de los árboles? Así, mi alma se le aparece toda brillante y dorada, porque recibe los rayos del Amor. Si el Sol divino dejara de iluminarme con sus rayos, pronto me volvería oscura y tenebrosa (12).

—Nosotras también quisiéramos llegar a ser del todo doradas; pero, ¿cómo conseguirlo?

—Hay que practicar las virtudes pequeñas. A veces es difícil, pero Dios jamás niega la primera

siempre en verdad y se dejasen de unas humildades que consisten en no querer ver las mercedes que el Señor hace y que hubiera muerto mil veces por cualquier verdad. Sabía muy bien la Santita que el Señor es la misma verdad y que el demonio no puede nada ni hará pacto alguno con quien ande en verdad. «Vida de Santa Teresa», cap. XXV, 21. Teresita, que siempre se había alimentado con la harina deliciosa de la Sagrada Escritura, no podía pensar de otra manera: amor a la verdad, aunque muchas veces resulta muy amargo este procedimiento y requiere actos de virtud verdaderamente heroicos.

(11) Vea el lector «Novissima Verba», de 9 de agosto.

(12) Vea el lector «Novissima Verba», de 25 de julio.

gracia que da ánimo para vencerse; si el alma corresponde, inmediatamente se encuentra iluminada.

Siempre me llamó la atención la alabanza dirigida a Judit: «Te has portado con varonil esfuerzo, y tu corazón se ha hecho fuerte» (13). Primeramente hay que obrar con gran brío; después se fortalece el corazón y se camina de victoria en victoria (14).

* * *

12.—Santa Teresita del Niño Jesús jamás levantaba los ojos en el refectorio, según lo previene el reglamento. Observando ella que se me hacía muy difícil sujetarme a esta regla, compuso la oración siguiente, que fue para mí una revelación de su humildad, pues pide también para sí una gracia que solamente a mí me hacía falta:

«Jesús, tus dos pequeñas esposas toman la resolución de tener los ojos bajos en el refectorio para honrar e imitar el ejemplo que les diste en casa de Herodes. Cuando este príncipe impío se burlaba de Ti, ¡oh, Belleza infinita!, ni una queja salió de tus labios; no te dignaste siquiera fijar en él tus ojos adorables. ¡Oh, Jesús divino!, sin duda Herodes no merecía ser mirado por Ti; pero nosotras, que somos tus esposas, queremos atraer hacia

(13) Judit, XV, 11.

(14) Vea el lector «Novissima Verba», de 8 de agosto.

nosotras tus miradas divinas. Te pedimos que nos recompenses con aquella mirada de amor cada vez que nos abstengamos de levantar los ojos; y aun cuando caigamos, te rogamos que no nos niegues aquella dulce mirada, pues sinceramente nos humillaremos ante Ti.»

* * *

13.—Yo le decía que nada conseguía y que esto me desanimaba.

—Hasta la edad de catorce años —me contestó—, practiqué la virtud sin percibir su dulzura. Deseaba el sufrimiento, pero no pensaba en hacer consistir en él mi gozo; esta gracia me fue concedida más tarde. Parecíase mi alma a un hermoso árbol, cuyas flores caían apenas entreabiertas.

Ofrezco a Dios el sacrificio de no recoger nunca frutos, es decir, de sentir durante toda su vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de sus buenos deseos y buena voluntad caer en tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, en el momento de la muerte, sabrá hacer madurar hermosos frutos en el árbol de su alma (15).

Leemos en el Eclesiástico: *«Hay hombre muy falto de fuerzas y abundante de miserias; a éste, Dios le mira con ojos benignos, y le alza de su*

(15) Vea el lector «Novissima Verba», de 31 de julio.

abatimiento y le hace levantar la cabeza; de lo cual quedan muchos maravillados y glorifican a Dios. Confía en Dios y mantente en tu puesto, que fácil es a Dios el enriquecer en un momento al pobre. La bendición de Dios se apresura a recompensar al justo, y en breve tiempo le hace crecer y fructificar» (16).

—Mas si yo caigo, me encontrarán siempre imperfecta, mientras que en V. C. se reconoce que hay virtud.

—Quizá consista en que jamás lo he deseado... Pero lo que conviene, y en ello está la ganancia, es que la tengan siempre por imperfecta. El que las criaturas la juzguen sin virtud alguna, nada le quita ni en nada la empobrece; al contrario, son ellas las que pierden en alegría interior, porque nada hay más dulce y agradable que pensar siempre bien en nuestro prójimo.

Por lo que a mí toca, siento gran alegría, no sólo cuando me llaman imperfecta, sino sobre todo cuando yo misma me siento convencida de que lo soy; en cambio, las alabanzas sólo me causan disgusto.

* * *

14.—Dios le tiene amor partiular, puesto que le confía el cuidado de otras almas (17).

(16) Eclesiástico, XI, 12, 13, 22, 23, 24.

(17) El cuidado de las almas a que se hace referencia es el de ayudante de Maestra de Novicias.

—Esto no me da ni me quita nada; realmente no soy sino lo que soy delante de Dios... No me ama más porque me haya designado como su intérprete cerca de VV. CC., pues, por el contrario, me ha convertido en su humilde servidora de VV. CC. Justamente en obsequio de VV. CC. y no en provecho mío, me ha dado las gracias y virtudes que ven en mí. Con frecuencia me comparo a una escudillita que Dios llena con toda clase de sabrosos manjares. Todos los *gatitos* vienen por su ración, y aun a veces disputan por conseguir la mayor parte. Pero, ¡allí está el Niño Jesús vigilando! «Yo ya quiero que beban en mi escudilla», dice, «pero, ¡cuidado con volcarla y romperla!» A decir verdad, no hay gran riesgo en ello, porque estoy colocada en tierra. Para las prioras ya no es lo mismo, pues estando servidas sobre mesas, corres mayores peligros. Siempre es peligroso el honor. ¡Ay, cuánto veneno de alabanzas se sirve diariamente a los que ocupan los primeros puestos! ¡Cuán funesto incienso! ¡Cuán preciso es que el alma esté desasida de sí misma para no resultar dañada!

* * *

15.—Decía una novicia:

—¡Qué feliz es V. C., a quien se ha elegido para señalar a las almas el «Camino de Infancia»!

Contestó:

—¿Por qué sería feliz por eso? ¿Por qué desearía que Dios se sirviera de mí preferentemente a otra?

Con tal que su reino se restablezca en las almas, poco importa el instrumento. Por otra parte, El de nadie necesita. Miraba yo, no hace mucho tiempo, la mecha de una lamparilla próxima a extinguirse. A ella acercó una hermana su cirio y por medio de éste todos los de la Comunidad fueron encendidos. Entonces me hice estas reflexiones:

«¿Quién, pues, podría vanagloriarse de sus obras? Así la mortecina luz de aquella lamparilla sería bastante para prender fuego al universo entero. A menudo creemos recibir las gracias y luces divinas por medio de brillantes cirios, pero, ¿de dónde esos cirios recibieron la luz? Tal vez de la oración de un alma humilde y completamente oculta sin brillo aparente, sin virtud reconocida, abatida a sus propios ojos, casi apagada (18).

¡Oh, cuántos misterios se nos descubrirán más tarde! ¡Cuántas veces he pensado que tal vez debo todas las gracias de que he sido colmada a los

(18) Este mismo pensamiento lo hallamos escrito en «Novissima Verba», donde la Santa hace alusión a un acto de Sor María de la Eucaristía, que, queriendo encender las velas de la Comunidad, faltándole otro medio, acudió a la mortecina luz de la lámpara de las reliquias. Este sencillo acontecimiento elevó a Teresita, la Santa de los detalles ocultos, a hacer tal consideración, que tanta teología encierra acerca de la Comunión de los Santos. (Véase «Novissima Verba», 15 de julio.)

ruegos de algún alma humilde, a la que sólo conoceré en el cielo!

Es voluntad de Dios que en este mundo las almas se comuniquen entre sí los dones celestiales por medio de la oración, para que, llegadas a la patria celestial, puedan amarse con amor de gratitud y con afecto mucho mayor todavía que el de la familia más ideal que pueda existir en la tierra.

Allí no encontraremos miradas indiferentes, porque todos los santos se deberán mutuamente algo.

No veremos ya miradas envidiosas; además la dicha de cada uno de los elegidos será la dicha de todos. Con los mártires nos pareceremos a los mártires; con los doctores seremos como los doctores; con las vírgenes, vírgenes pareceremos, y como los miembros de una misma familia están ufanos unos de otros, así lo estaremos de nuestros hermanos, sin la menor envidia» (19).

* * *

«¿Quién sabe si la alegría que experimentaremos al ver la gloria de los grandes santos y saber que, por un oculto resorte de la Providencia, nosotros hemos contribuido a ella?, ¿quién sabe si esa alegría no será tan intensa como la misma felicidad de que estarán ellos mismos en posesión y tal vez más dulce?

(19) Semejante expresión la encontramos también en «Novissima Verba», 12 de julio.

¿Y creen que los grandes santos, a su vez, viendo cuánto deben a almas pequeñuelas, no las amarán con amor incomparable? Estoy cierta de que allí habrá simpatías deliciosas y sorprendentes. El predilecto de un apóstol, de un gran doctor, será tal vez un zagalillo; y el íntimo amigo de un patriarca, una candorosa criatura. ¡Oh, cuánto quisiera estar en aquel reino del amor!»

16.—«Créanme; escribir libros de piedad, componer las más sublimes poesías, todo eso no equivale al más pequeño acto de renuncia de una misma. Esto no obstante, cuando padecemos imposibilidad en practicar el bien, nos queda como único recurso ofrecer las obras de los otros. He aquí la ventaja de la comunión de los Santos. Recuerden aquella hermosa estrofa del Cántico Espiritual de nuestro Padre San Juan de la Cruz:

Vuélvete, paloma,
Que el cielo vulnerado
Por el otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma (20).

Ya lo ven, al Esposo, al *Ciervo herido*, no le *atrae la altura*, sino el *aire* del vuelo, y un solo abatir de alas puede producir esta brisa de amor.»

* * *

(20) Véase «Cántico Espiritual de Nuestro P. S. Juan de la Cruz», estrofa XIII.

17.—«Lo único que no causa envidia es el último lugar; nada hay, pues, fuera de este último lugar, que no sea vanidad y aflicción de espíritu. Con todo *no está en el solo querer del hombre el dirigir su camino* (21); y a veces vemos con sorpresa que se nos va el corazón tras de lo que brilla. Entonces, coloquémonos humildemente entre los imperfectos, reconozcámonos almas pequeñas, que Dios debe sostener a cada instante. Tan pronto como nos ve totalmente convencidas de nuestra nada, tan pronto como le decimos: "*Mi pie ha vacilado; tu misericordia, Señor, me ha hecho firme*" (22), nos alarga la mano; pero si pretendemos hacer algo grande, aunque sea con el pretexto del cielo, nos deja solas. Basta, pues, humillarse y soportar con paciencia las propias imperfecciones; he aquí la verdadera santidad para nosotras.»

* * *

18.—Quejábame yo cierto día de estar más cansada que mis hermanas, porque, además de un trabajo de comunidad, había hecho otro que se ignoraba. La Sierva de Dios me respondió:

—Quisiera verla siempre como un soldado valiente que nunca se queja de sus trabajos, que halla muy graves las heridas de sus hermanos y consi-

(21) Jeremías, X, 23.

(22) Salmo XCIII, 18.

dera las tuyas como rasguños. ¿Por qué siente tanto esa fatiga? Es porque nadie la conoce...

Dos panadizos tuvo la bienaventurada Margarita María, pero decía que sólo el primero la había hecho realmente padecer, porque no le fue posible ocultar el segundo, el cual por eso fue objeto de la compasión de las hermanas.

Este sentimiento nos es natural; pero nos portamos como lo hace vulgarmente todo el mundo si deseamos que se sepa cuándo nos duele algo.

* * *

19.—«Cuando cometamos una falta, jamás creamos que es efecto de una causa física, como la enfermedad o el tiempo. Atribuyamos, por el contrario, la caída a nuestra imperfección, sin desanimarnos nunca. “Porque no son las ocasiones las que hacen flaco al hombre, sino que manifiestan lo que es”» (23).

* * *

20.—«No permitió Dios que nuestra Madre me dijese que podría escribir mis poesías a medida que mentalmente las componía; por mi parte, no hubiera querido pedírselo por temor a faltar a la santa pobreza. Teniendo, pues, que esperar la hora de

(23) *Imit.*, 1, I, c. XVII, 4.

tiempo libre, no sin enorme trabajo me acordaba a las ocho de la noche de lo que había compuesto por la mañana.

Estas pequeñeces son un martirio, verdad es; pero hay que guardarse mucho de disminuirlo tomándose o consiguiendo permiso para mil cositas que nos harían la vida religiosa cómoda y agradable.»

* * *

21.—Como llorase yo cierto día, me recomendó Santa Teresita del Niño Jesús que me acostumbrase a no exteriorizar así mis insignificantes sufrimientos, añadiendo que la desigualdad de humor es lo que hace la vida de comunidad más triste.

—Tiene muchísima razón —le dije—; yo también lo tenía entendido así. En adelante no lloraré más que con Dios; a El sólo confiaré mis penas. El me comprenderá y me consolará siempre.

Mas a esto contestó vivamente:

—¡Llorar delante de Dios! Guárdese bien de hacerlo. Menos triste ha de presentarse delante de El que delante de las criaturas. ¡Cómo! Este buen Maestro no tiene más que nuestros conventos para solazar su Corazón; viene a nuestras casas para descansar, para olvidar las continuas quejas de sus amigos del mundo, pues lo más frecuente en la tierra es que, en vez de reconocer el precio de la Cruz, se llore y se gima, ¿y quisiera también V. C. portarse como la mayoría de los mortales...? Fran-

camente, esto no es amor desinteresado. *A nosotras toca consolar a Jesús; no a El consolarnos a nosotras.*

Lo sé muy bien. *Tiene El tan buen corazón*, que si V. C. llora, El enjugará sus lágrimas; mas luego se marchará tristísimo por no haber podido descansar en su alma. Jesús gusta de corazones alegres, de un alma siempre sonriente. ¿Cuándo, pues, sabrá *ocultarle sus penas* o decirle cantando que se siente dichosa de sufrir por El? El semblante es el reflejo del alma; debe, pues, en toda ocasión mostrar el semblante tranquilo y sereno, como niño siempre contento. Cuando se halle sola, obre también del mismo modo, porque es hecha continuamente espectáculo a los Angeles.

* * *

22.—Quería que me felicitase por haber practicado un acto de virtud, a mis ojos, heroico.

Ella me dijo:

—¿Qué es este pequeño acto de virtud, en comparación de lo mucho que Jesús tiene derecho a esperar de su fidelidad? Antes debería humillarse por no saber aprovecharse de tantas ocasiones de demostrarle su amor.

Poco satisfecha de esta respuesta, esperaba una ocasión difícil para ver cómo se portaría en ella Sor Teresita del Niño Jesús. Esta ocasión no tardó en presentarse. Habiéndonos pedido Nuestra Re-

verenda Madre un trabajo pesado y sujeto a mil contradicciones, hice maliciosamente por manera de aumentarle la carga; mas no pude conseguir que flaquease un solo instante; por el contrario, la vi siempre graciosa y amable, sin hacer caso de la fatiga. ¿Se trataba de molestarle de servir a las otras? A todo se prestaba ella animosa. Por fin, no pudiendo más, echéme a sus brazos y le confesé los malos sentimientos que habían agitado mi alma.

—¿Cómo se lo arregla —le dije— para practicar la virtud de esta manera, para estar constantemente gozosa, serena y siempre igual?

—No siempre lo hice así —me respondió—; *pero desde que nunca me busco a mí misma, llevo la vida más feliz que pueda imaginarse.*

* * *

23.—En la recreación, más que en cualquier otra parte —decía la Santa—, encontrará provecho de practicar la virtud. Si quiere sacar más provecho, no vaya a ella con la idea de recrearse, sino con la de recrear a las otras, y practique en ella el completo desasimiento de sí misma. Por ejemplo, si V. C. refiere a alguna de las hermanas algo que le parece interesante y ella la interrumpe para referir otra cosa, escúchela con interés, aunque lo que refiera no le interese, y no se esfuerce en reanudar la conversación primera. Haciéndolo así, saldrá de la recreación con gran paz interior y

revestida de fuerza nueva para practicar la virtud, porque no habrá buscado su propia satisfacción, sino complacer a las otras. ¡Si se comprendiera lo que se gana con negarse una a sí misma en todas las cosas...! (24).

—V. C. debe saberlo bien, puesto que siempre lo ha practicado, ¿verdad?

—Sí, me olvidé a mí misma; procuré no buscarme jamás en nada.

* * *

24.—«Hemos de ser mortificadas cuando se nos llama con la campanilla y cuando se llama a nuestra puerta, hasta el extremo de no dar un solo punto más antes de responder. Yo lo he practicado y le aseguro que es una fuente de paz.»

Después de recibir este consejo, siempre que se me presentaba la ocasión lo dejaba todo con prontitud. Cierta día, durante la enfermedad, habiendo sido ella misma testigo de esta diligencia, me dijo:

—En el momento de la muerte, se sentirá muy dichosa de hallar de nuevo todo eso. Acaba de realizar un acto más glorioso que si con gran

(24) Cuentan las que convivieron con la Santita que era tanto su encanto en la recreación y su gracia en hacer alegres aquellos ratos de expansión permitidos por la Regla, que si alguna vez faltaba Teresita por alguna cosa, en la recreación todas las religiosas se lamentaban, diciendo que por aquella vez el recreo sería muy aburrido.

diplomacia hubiese obtenido el favor del gobierno para las comunidades religiosas y Francia entera la aclamase como le sucedió a Judit (25).

* * *

25.—Preguntada sobre su manera de santificar las comidas, contestó:

—Sólo una cosa debemos hacer en el refectorio: ejecutar acción tan baja con pensamientos elevados. Lo confieso, justamente en el refectorio es donde a menudo me vienen las más dulces aspiraciones de amor. Algunas veces tengo que detenerme pensando que si Nuestro Señor estuviese en mi lugar, en vista de los manjares que me sirven, ciertamente los tomaría... Es muy probable que durante su vida mortal gustase de los mismos alimentos; «comía pan, frutas...».

He aquí mis pequeñas rúbricas infantiles:

Me represento estar en Nazaret en casa de la Sagrada Familia. Si me sirven, por ejemplo, en-

(25) La Santa practicó a maravilla esta puntualidad tan escrupulosa. Más de una vez dejó su escritura sin acabar ni siquiera una simple sílaba. Así conservó una Sor Inés de Jesús. Otra vez cuentan las que con ella convivieron que, estando un día de invierno secando su calzado y burdas medias en el brasero de la Comunidad, tocaron la campanilla de la Sacristía (ella era sacristana), y oyendo en ella la voz del Señor acudió presurosa, con sólo las alpargatas y el pie desnudo a cumplir con aquel acto de obediencia sin preocuparse siquiera de lo que podía sucederle de tal atrevimiento.

salada, pescado frío, vino o alguna otra cosa de gusto fuerte, lo ofrezco al buen San José. A la Virgen Santísima le doy las porcines calientes, la fruta bien madura, etc., y los manjares de los días festivos, especialmente las gachas de leche, el arroz, las confituras, los ofrezco al Niño Jesús. Por fin, cuando me traen una mala comida, me digo alegremente: Hoy, hijita mía, todo esto es para ti.

Así nos ocultaba ella sus mortificaciones bajo graciosas apariencias. Sin embargo de ello, cierto día de ayuno, en el cual nuestra Reverenda Madre le había impuesto algún alivio, la sorprendí amargando con ajeno el sabor demasiado agradable que hallaba en dicho plato de gracia.

26.—Otra vez la vi beber lentamente un remedio execrable.

—¡Vamos, aprisa —le dije—, beba todo eso de un sorbo!

—¡Oh, no! ¿Por ventura no he de aprovechar las pequeñas ocasiones que se me presentan de mortificarme algo, ya que me está prohibido hacer mortificaciones mayores?

Así ocurrió durante su noviciado (esto lo supe en los últimos meses de su vida), que, queriendo una hermana sujetarle el escapulario, le atravesó a la vez el hombro con su gran alfiler, sufrimiento que aguantó varias horas con alegría.

27.—En otra ocasión me dio una prueba de su mortificación interior.

Había yo recibido una carta muy interesante, la cual se leyó en el recreo durante su ausencia. Al anoecer me manifestó deseos de leerla a su vez y se la di. Cuando me la devolvió, algún tiempo después, le rogué que me dijera su opinión sobre un extremo que debía haberle particularmente gustado. Se turbó y, por último, me respondió:

—Dios me ha pedido que haga el sacrificio de esa carta, a causa del afán que demostré el otro día; no la he leído...

* * *

28.—Hablándole yo de las mortificaciones de los santos, me respondió:

—¡Cuán bien hizo Nuestro Señor en prevenirnos de *«que en la casa de su Padre hay muchas moradas! Si así no fuera, nos lo hubiera dicho»* (26)... Sí, si todas las almas llamadas a la perfección hubiesen tenido que ganar el cielo practicando esas austeridades, El nos lo hubiera dicho, y nosotras nos las hubiéramos impuesto de todo corazón. Pero nos anuncia *«que hay muchas moradas en su casa»*. Si hay las de las grandes almas, las de los padres del desierto, las de los mártires de la penitencia, debe también haber las de los pe-

(26) Juan, XIV, 2.

queñuelos. Si amamos mucho a El y a nuestro Padre Celestial y al Espíritu de Amor, allí tenemos reservado nuestro asiento.

* * *

29.—«Antes, cuando estaba en el mundo, al despertarme por la mañana, pensaba en lo favorable o adverso que probablemente me ocurriría durante el día. Así, si sólo preveía disgustos, me levantaba triste. Ahora sucede todo lo contrario; pienso en las penas y sufrimientos que me aguardan y me levanto tanto más alegre y animosa cuanto más ocasiones preveo de demostrar mi amor a Jesús y de ganar *la vida de mis hijos*, puesto que soy madre de las almas. Luego, beso mi crucifijo, lo pongo delicadamente sobre la almohada, mientras me visto, y le digo: “¡Jesús mío, bastante trabajaste, bastante lloraste durante los treinta y tres años que viviste en esta tierra miserable! Hoy descansa... Ahora me toca a mí combatir y padecer.”»

* * *

30.—Cierta día de colada en que me dirigía despacio al lavadero, mirando de paso las flores del jardín, Sor Teresita del Niño Jesús, que también iba a él, apresurando el paso, se cruzó luego conmigo y me dijo:

—¿Es así como se dan prisa los que tienen hijos que criar y han de ganarles el sustento trabajando?

* * *

31.—«¿Quiere saber cuáles son mis domingos y días festivos...? Son los días en que Dios me prueba más.»

* * *

32.—Me estaba desolando de mi poco valor.

—Cabalmente se queja —me dijo— de lo que debería causarle la mayor alegría. ¿Dónde estaría su mérito si sólo debiera combatir cuando se siente animosa? ¡Qué importa que no sienta valor, con tal que obre como si lo tuviera! Si estando sin ánimo para recoger una hilacha lo hace por amor de Jesús, consigue mucho más mérito que realizando un acto mucho más importante en momentos de fervor. Alégrese, pues, V. C. en lugar de entristecerse al considerar que, dejándole sentir su debilidad, le facilita Jesús ocasión de salvarle mayor número de almas.

* * AC

33.—Le preguntaba yo si Nuestro Señor no estaría descontento de mí viéndome tan cargada de miserias. A esto me respondió:

—Tranquilícese: Aquel a quien V. C. ha tomado por Esposo tiene todas las perfecciones imaginables, es verdad; pero si me atreviera a decirlo, afirmarí que tiene al propio tiempo una gran enfermedad: *la de ser ciego*, y que hay también una ciencia que ignora: *la del cálculo*. Estos dos grandes defectos, que serían lunares bastate sensibles en un esposo mortal, hacen al nuestro infinitamente amable.

Si viese claro y supiese calcular, ¿cree V. C. que, a vista de todos nuestros pecados, no nos arrojaría inmediatamente a la nada de donde salimos? Pero no, el gran amor que nos tiene le vuelve positivamente ciego.

Véalo V. C.: si el más grande pecador de la tierra, arrepintiéndose de sus ofensas en el momento de la muerte, expira en un acto de amor, inmediatamente, sin calcular, de una parte, las innumerables gracias de que abusó el desgraciado y, de otra, todos sus crímenes, ya no ve ni toma en cuenta más que su última oración y lo recibe al punto en los brazos de su misericordia.

Mas, para volverle así completamente ciego e impedirle que haga la más insignificante suma, es preciso saber ganarle por el corazón; allí tiene su flaco...

* * *

34.—Habiéndole dado un disgusto, fui a pedirle perdón. Conmovióse mucho y me dijo:

—¡Si supiera lo que por mí pasa! ¡Jamás comprendí tan bien como ahora con qué amor nos recibe Jesús cuando le pedimos perdón después de una falta. Si yo, su criatura insignificante, he sentido tanta ternura para con V. C. en el momento en que, arrepentida, ha vuelto a mí, ¿qué debe pasar en el corazón de Dios misericordioso cuando vamos a reconciliarnos con El...? Sí, ciertamente, todavía con más prontitud de lo que yo lo he hecho, olvidará El todas nuestras iniquidades para no volver a acordarse jamás de ellas... ¡Habrá más; nos amará todavía con mayor cariño que antes de cometer la falta...!

* * *

35.—Tenía yo un miedo extraordinario a los juicios de Dios, el cual, a pesar de todo lo que ella me decía, no se disipaba. Cierta día le puse la siguiente objeción:

—Nos repiten de continuo que Dios encuentra lunares en sus propios ángeles; ¿cómo quiere que yo no tiembre?

Ella contestó:

—Solamente hay un medio para obligar a Dios a que no nos juzgue siquiera: el de presentarnos a El con las manos vacías.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: no se guarde nada; dé sus bienes a medida que los gane.

Por lo que a mí toca, aunque viva ochenta años seré siempre igualmente pobre; no sé ahorrar nada, todo cuanto tengo lo gasto al punto en rescatar almas.

Si aguardase la hora de mi muerte para presentar mis moneditas y hacerlas estimar en su justo valor, sin duda no dejaría Nuestro Señor de descubrir en ellas la aleación que ciertamente tendría que ir a dejar en el purgatorio.

¿No se refiere de grandes santos que, no obstante llegar al tribunal de Dios con las manos cargadas de méritos, tienen que ir algunas veces a aquel lugar de expiación, porque toda justicia está manchada a los ojos del Señor?

—Pero —repliqué yo— si Dios no juzga nuestras acciones buenas, juzgará las malas. ¿Qué ocurrirá entonces?

—¿Qué está diciendo? Nuestro Señor es la misma Justicia; si no juzga nuestras acciones buenas, tampoco juzgará las malas. Para las víctimas del amor, me parece que no habrá juicio; antes me inclino a creer que Dios se apresurará a recompensar con delicias eternas su propio amor, que verá arder en sus corazones.

—Para gozar de este privilegio, ¿cree que basta rezar el ofrecimiento que ha compuesto?

—¡Oh, no, las palabras no bastan...! Para ser verdaderamente víctima de amor, es preciso entregarse totalmente. *En tanto uno se abrasa de amor, en cuanto se entrega al amor.*



* * *

37.—Decíale yo en cierta ocasión:

—Cuando me reprenden, prefiero haberlo merecido que ser acusada falsamente.

—Pues yo prefiero que me acusen con toda injusticia, porque así no tengo nada que reprocharme y se lo ofrezco a Dios con alegría; luego me humillo pensando que podría bien haberlo hecho.

Cuanto más adelante V. C. en la perfección, menos serán los combates, o más bien vencerá con mayor facilidad, porque verá el lado bueno de las cosas. Entonces su alma se elevará sobre las criaturas. Todo lo que ahora pueden decirme, me deja absolutamente sin cuidado, porque he comprendido la falta de solidez de los juicios humanos.

—Cuando no se nos comprende y se nos juzga desfavorablemente —añadió—, ¿qué aprovecha el defenderse? Dejémoslo, callemos; ¡es tan dulce dejarse juzgar de cualquier manera! En el Evangelio no se dice que Santa María Magdalena haya dado explicación ninguna cuando su hermana la acusaba de estar ociosa a los pies de Jesús. No dijo: «Marta, si supieras de cuánta dicha estoy inundada, si oyeras las palabras que yo escucho, tú también lo dejarías todo para compartir mi dicha y mi sosiego.» No, prefirió callarse... ¡Dichoso silencio, que tanta paz proporciona al alma!

* * *

38.—En una hora de tentación y de lucha, recibí de ella este billete:

«*Que el justo me despedace por compasión al pecador. Que el aceite con que se perfuma la cabeza no ablande la mía*» (27). Yo no puedo ser despedazada ni probada más que por justos, puesto que todas mis hermanas son agradables a Dios. Es menos amargo ser despedazado por un pecador que por un justo; pero *por compasión para los pecadores*, para obtener su conversión, te pido, Dios mío, ser despedazada por las almas justas que me rodean. Te pido también que *el aceite de las lisonjas*, tan agradable a la naturaleza, *no ablande mi cabeza*, es decir, mi espíritu, induciéndome a creer que poseo virtudes que apenas he practicado varias veces.

¡Oh, Jesús mío, *aceite derramado es tu nombre* (28); en este perfume divino es donde quiero sumergirme totalmente, lejos de la mirada de las criaturas!» (29).

* * *

(27) Salmo CXL, 5.

(28) Este testimonio es de su hermana Celina, Sor Genoveva, que en un momento de tribulación recibió este billetito para apoyarse firmemente y no desfallecer. Se lo escribió la Santa el día de Santa Magdalena, 22 de julio de 1897. (Véase «Lettres», Année 1897, pág. 427.)

(29) «Cantar de los Cantares», I, 2.

39.—«Querer persuadir a nuestras hermanas de que no están en lo cierto, aunque sea verdaderamente así, no es un acto de buena ley, puesto que no estamos encargadas de vigilar su conducta. No debemos ser *jueces de paz*, sino sólo *ángeles de paz*.»

* * *

40.—«VV. CC. se entregan demasiado a lo que hacen», nos decía; «se inquietan demasiado por sus oficios, como si toda la responsabilidad recayese sobre VV. CC... ¿Se ocupan acaso en lo que está pasando en los otros conventos, en si las religiosas están o no atareadas? ¿Por ventura les impiden a VV. CC. los trabajos de éstas rogar y hacer oración? Pues bien: también deben hacerse ajenas a sus personales tareas, emplear concienzudamente en ellas el tiempo prescrito, pero con desasimiento de corazón.

Recuerdo haber leído que los israelitas edificaron las murallas de Jerusalén trabajando con una mano y empuñando la espada con la otra (30). Esto es la figura exacta de lo que debemos hacer nosotras: trabajar con una sola mano, y con la otra defender al alma contra la disipación que la impide unirse con Dios» (31).

* * *

(30) Esdras, II, c. IV, 11.

(31) Vea el lector este mismo pensamiento en «Novissima Verba», 14 de julio.

41.—«Un domingo», refiere Santa Teresita, «me encaminaba muy satisfecha a la avenida de los castaños (32), estábamos en primavera y quería gozar de la hermosura de la naturaleza. ¡Ay, desilusión cruel, habían podado mis queridos castaños! Las ramas, que ya estaban cargadas de verdes retoños, yacían por el suelo. Viendo aquel desastre y considerando que sería preciso a lo menos tres años para repararlo, se contristó fuertemente mi corazón. Con todo, mi angustia duró poco: *Si estuviese en otro convento —pensé—, ¿me importaría algo que talasen todos los castaños del Carmen de Lisieux?* No quiero ya contristarme por cosas pasajeras; sólo mi Amado ocupará mi corazón. Quiero constantemente pasearme por los parques de su amor, a los que nadie puede tocar.»

* * *

42.—Una novicia pedía a varias hermanas que la ayudasen a sacudir mantas, advirtiéndoles con alguna viveza que tuviesen cuidado de no rasgarlas, porque estaban bastante usadas. Santa Teresita del Niño Jesús le dijo:

—¿Qué haría V. C. si no estuviese encargada de remendar estas mantas...? ¡Con qué desasimiento de espíritu se portaría! Y si advirtiese que es fácil rasgarlas, ¿no es verdad que lo haría sin ningún

(32) Paseo interior en el jardín del Carmen de Lisieux.

apego? Tenga, pues, cuidado de que en todas sus acciones no se deslice jamás la más ligera sombra de interés personal!

* * *

43.—Viendo que una hermana nuestra estaba muy fatigada, dije a Sor Teresita del Niño Jesús:

—Me duele mucho ver padecer, sobre todo a las almas santas.

A lo que ella me respondió al punto:

—¡Oh, yo no soy así! ¡Jamás me dan lástima los santos que padecen; porque sé que tienen fuerza para resistir sus padecimientos, y así dan inmensa gloria a Dios! En cambio, a los que no son santos y no saben sacar provecho de los padecimientos, ¡oh, cuánto les compadezco! ¡Esos sí que me dan lástima! Para esos no perdonaría paso para que quedaran totalmente consolados y aliviados.

* * *

44.—«Si hubiera de vivir todavía, ningún oficio me agradaría tanto como el de enfermera. No lo solicitaría; pero si me lo ordenara la obediencia, me consideraría altamente privilegiada, y creo que lo desempeñaría con tierno amor, fijo siempre mi pensamiento en aquellas palabras de Jesucristo: *Estuve enfermo y me visitasteis* (33). La campana

(33) Mat., XXV, 36.

de la enfermería debería ser para V. C. como melodía celestial, y habría de pasar de intento por debajo de las ventanas de las enfermeras, para darles ocasión de llamarla y pedirle algunos servicios. ¿No debe V. C. considerarse como humilde esclava a quien todo el mundo tiene derecho de mandar? ¡Si viera a los ángeles que desde lo alto del cielo están presenciando su lucha! Esperan la victoria final para engalanarla toda de coronas y flores. No ignora que pretendemos ser *pequeños mártires*; pues bien, ¡a ganar palmas!

Ciertamente que Dios no desprecia esos combates secretos, por tanto, mucho más meritorios: *Mejor es el varón sufrido que el valiente; y quien domina sus pasiones, más que un conquistador de ciudades* (34).

Con nuestros pequeños actos de caridad, practicados en la obscuridad y sin ruido, convertiremos almas en lejanos países, ayudamos a los misioneros, les atraemos abundantes limosnas, y, por consiguiente, construimos verdaderas moradas espirituales y materiales a Jesús Sacramentado» (35).

* * *

(34) Prov., XVI, 32.

(35) El Señor cumplió también este santo deseo de la Santita de ser enfermera. Recuerde el lector cuando la peste de gripe el valor y la caridad que la Santa demostró acudiendo en socorro de sus Hermanas queridas en religión.

45.—Observaba yo que nuestra Madre hablaba preferentemente a una de nuestras hermanas, y me parecía que la trataba con más confianza y afecto que a mí. Fui a manifestar mi pena a Sor Teresita del Niño Jesús, creyendo que oiría de ella sentidas palabras de simpatía; pero con gran sorpresa mía me dijo:

—¿Cree V. C. que ama mucho a nuestra madre?

—¡Cierto! Si no la amase, me sería indiferente ver que prefiere las otras a mí.

—Pues bien; voy a probarle que se engaña por completo: a quien ama no es a nuestra madre, sino a sí misma. Quien ama verdaderamente, siente alegría por el bien de la persona amada y hace toda suerte de sacrificios para procurárselos. Así pues, si tuviese este amor verdadero y desinteresado, si realmente amase a nuestra madre por ella misma, sin otra mira, se regocijaría V. C. de verla contenta a sus costas; y puesto que le parece que siente ella menos satisfacción de hablar con V. C. que de hablar con otra, ninguna pena debería sentir al considerarse olvidada.

* * *

46.—Estaba desoladísima por mis innumerables distracciones en la oración:

—También yo tengo muchas —me dijo—; pero tan pronto como me fijo en ellas, ruego por las mismas personas que vinieron a ocupar mi imaginación, y así ellas sacan provecho de mis distracciones... Lo acepto todo por amor de Dios,

hasta los pensamientos más extravagantes que se me ocurren (36).

* * *

47.—Habíanme pedido un alfiler que me servía mucho, y como lo echase de menos, dijo Santa Teresita:

—¡Oh, qué rica es V. C.! ¡Imposible que sea feliz!

* * *

48.—Estaba Santa Teresita encargada de la ermita del Niño Jesús, y como sabía que los olores molestaban a cierta Madre, siempre se privó de poner flores odoríferas, ni siquiera una insignificante violeta, lo que le costó verdaderos sacrificios.

Acababa un día de colocar una bonita rosa artificial al pie de la imagen, cuando la llamó aquella buena Madre. Santa Teresita del Niño Jesús, adivinando que era para que quitase la rosa, y no queriendo humillarla, adelantóse a toda reflexión, tomó la flor y dijo:

—Vea, madre mía, qué bien se imita hoy la naturaleza. ¿Quién no diría que esta rosa acaba de ser cogida ahora del jardín? (37).

* * *

(36) La santa repite este pensamiento hablando de una acción de gracias de la Comunión de cierto día. Ver «Novissima Verba», 4 de julio.

(37) Es costumbre en el Carmen tener algunas capillitas en el jardín o huerta, donde las religiosas se retiran a orar, espe-

49.—Decía cierto día:

—Hay momentos en que se está tan mal *en casa*, en nuestro propio interior, que es preciso salir de él con premura. Dios, en tales trances, no nos obliga a permanecer en nuestra propia compañía; a menudo permite que nos sea desagradable, para que la abandonemos. Entonces no veo otro medio para salir *de casa*, que ir a visitar a Jesús y a María, corriendo a las obras de caridad.

* * *

50.—La principal indulgencia plenaria y la que todos pueden ganar sin las condiciones ordinarias es la indulgencia de *la caridad que cubre la abundancia de los pecados* (38).

* * *

51.—«Lo que me aprovecha cuando me represento el interior de la Sagrada Familia es el pensar en una vida del todo ordinaria.

La Virgen Santísima y San José sabían perfectamente que Jesús era Dios; sin embargo de ello,

cialmente en la Cuaresma y tiempos de ayuno después de la Exaltación de la Santa cruz. Sin duda la ermita que se nos indica aquí sería una de ellas; no obstante, nos inclinamos a pensar que se refería más bien a la imagen del Niño de que teresita cuidó desde su entrada en el Carmen.

(38) Prov., X, 12.

se les ocultaban grandes maravillas y vivían como nosotros: vida de fe. ¿No han advertido VV. CC. aquellas palabras del texto sagrado: *Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta* (39); y aquellas otras no menos misteriosas: *Su padre y su madre escuchaban con admiración las cosas que de él decían?* (40). ¿No se creería, pues, que aprendían algo? Pues aquella admiración supone cierta sorpresa.»

* * *

52.—«En el rezo de Sexta hay un versículo que pronuncio siempre con repugnancia. Es el siguiente: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum propter retributionem* (41).

Me apresuro a decir interiormente: “¡Oh, Jesús mío! Tú sabes muy bien que no es la recompensa lo que induce a servirte, sino únicamente tu amor y la salvación de las almas.”»

* * *

(39) Luc., II, 50.

(40) Luc., II, 33.

(41) La Santa se refiere al versículo 112 del salmo 118 que se reza en Sexta del oficio de Dominica de todo el año, también se reza en las fiestas principales del año. El versículo dicho, traducido a nuestra lengua, reza así: «Incliné mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón.»

53.—«Tan sólo en el cielo sabremos la verdad absoluta de todas las cosas. Acá en la tierra, hasta en la misma Sagrada Escritura, hay sus puntos oscuros e indescifrables. Me causa pena la diversidad de traducciones. Si hubiera sido sacerdote, hubiera aprendido el hebreo para poder leer la palabra de Dios tal como El se dignó expresarla en el lenguaje humano.»

* * *

54.—Con frecuencia me hablaba de un juego muy conocido con el cual Santa Teresita se había divertido en su infancia. Era el calidoscopio, instrumento por el estilo de un pequeño catalejo, al extremo del cual se ven muy bonitos dibujos de diversos colores; rodándolo o meneándolo, varían los dibujos hasta lo indecible.

—Ese juguete —decía— me admiraba; no comprendía cómo podía producirse un fenómeno tan bonito, hasta que un día, después de un serio examen, descubrí que eran sólo unos pedacitos de papel y de lana cortados de cualquier modo y echados allí sin orden ni concierto. Proseguí mis investigaciones y descubrí entonces tres espejos en el interior del tubo, lo cual me dio la clave del enigma.

Esto fue para mí la imagen de un gran misterio; mientras nuestros actos, aun los más insignificantes, no salen fuera del foco del amor, la Santísima

Trinidad, figurada por los tres espejos, les da un tinte y belleza admirables. Mirándonos Jesús por medio de la pequeña luneta, esto es, como a través de sí mismo, halla siempre hermosas todas nuestras obras. Pero si salimos del centro inefable del amor, ¿qué verá? Briznas de paja, acciones empañadas y sin valor alguno.

* * *

55.—Un día le hablaba yo de los extraños fenómenos que produce el magnetismo en las personas que se prestan a entregar su voluntad al magnetizador. Parecieron interesarle vivamente estos detalles, tanto que al día siguiente me dijo:

—¡Oh, cuánto bien me hizo su conversación de ayer! ¡Oh! ¡Cómo quisiera ser magnetizada por Nuestro Señor! Es la primera idea que ha cruzado por mi mente al despertarme. ¡Con qué dulzura le he entregado mi voluntad! Sí, quiero que se enseñoree de todas mis potencias, de tal suerte, que en adelante no haga ya acciones humanas y personales, sino obras totalmente divinas, inspiradas y dirigidas por el Espíritu de Amor.

* * *

56.—Antes de mi profesión, recibí por medio de mi santa Maestra una gracia muy singular. Hallándome fatigadísima, pues habíamos lavado todo

el día, y agobiada con muchas penas interiores, quise por la tarde, antes de la oración, decirle dos palabras sobre el caso; pero ella me respondió:

—Tocan a la oración y no hay tiempo material para que pueda consolarla; además, veo claramente que me tomaría un trabajo inútil, puesto que Dios quiere que por ahora sufra sola.

La seguí a la oración, pero tan desanimada, que por primera vez llegué a dudar de mi vocación. «Jamás tendré fuerzas para ser carmelita», me decía yo interiormente; «es una vida demasiado pesada para mí.»

Estaba de rodillas hacía algunos minutos, con aquel combate y tristes pensamientos, cuando de repente, sin haber hecho oración ni siquiera deseado la paz, sentó en mi alma un cambio instantáneo y extraordinario; ya no me conocía a mi misma. Mi vocación se me presentó hermosa y agradable; vi los hechizos y el valor del padecer. Todas las privaciones y fatigas de la vida religiosa me parecieron incomparablemente preferibles a las satisfacciones mundanas; en fin, salí de la oración totalmente transformada.

Al día siguiente fui a referir a Sor Teresita del Niño Jesús lo que me había pasado la víspera. Parecióme muy conmovida, de lo cual, deseando yo saber la causa, me dijo:

—¡Ah, cuán bueno es Dios! Ayer tarde me dio tanta lástima, que no cesé un momento, al principio de la oración, de encomendarla, pidiendo a

Nuestro Señor que la consolara, que le cambiase el alma y le mostrase el valor de los padecimientos. ¡El me atendió!

* * * *

57.—Como tengo un natural muy infantil, el Niño Jesús, para ayudarme a practicar la virtud, me inspiró *que jugase con El*. Escogí el *juego de bolos*. Me representaba las birlas de todos los tamaños y de todos los colores, como medio de personificar las almas a quienes quería tocar. La bola para tirar, era *mi amor*.

En el mes de diciembre de 1896, las novicias recibieron, con destino a las misiones, muchas chucherías para el árbol de Navidad. Mas he aquí que por casualidad se encontró en el fondo de la cajita mágica un objeto muy raro para un convento del Carmen: *un trompo*. Mis compañeras dijeron: «¡Qué feo es esto! ¿Para qué puede servir?» Pero yo, que conocía bien el juego, eché la mano al trompo, exclamando: «¡Esto es muy divertido! Puede bailar todo un día sin parar, mientras no le falten buenos latigazos.»

Y dicho y hecho, dispuse el trompo y lo hice bailar con gran admiración de todas.

Santa Teresita del Niño Jesús me observaba sin decir palabra; el día de Navidad, después de la Misa de Gallo, encontré en nuestra celda *el famoso trompo* con esta cartita, cuyo sobre llevaba escrita la siguiente dirección:

«*A mi amada esposa JUGADORA DE BOLOS en la montaña del Carmelo.*

Nochebuena de 1890.

Querida esposita:

¡Ah, cuán contento estoy de ti! Todo el año me has divertido mucho *jugando a los bolos*. He gozado tanto, que la misma corte angélica estaba sorprendida y encantada de ello. Varios querubinitos me han preguntado por qué no los había hecho niños; otros han querido saber si la melodía de sus instrumentos no me era más agradable que tu alegre risa cuando aciertas *una birla con el bolo de tu amor*. He contestado a todos que no debían entristecerse por no ser niños, puesto que día vendrá en que podrán jugar contigo en las praderas del cielo. Además, les he dicho que, efectivamente, tu sonrisa me era más agradable que sus melodías, porque tú no podías jugar y sonreírte más que padeciendo y olvidándote a ti misma.

Esposita mía muy querida: tengo a mi vez una cosa que pedirte. ¿Me la negarás...? ¡Oh, no; me amas demasiado! Pues bien, quisiera cambiar de juego: *los bolos me divierten mucho, pero ahora quisiera jugar al trompo*. Si quieres, tú misma serás el trompo mío. Te doy uno que te sirva de modelo; ya ves que no tiene atractivo alguno exterior; cualquiera que no sepa cómo utilizarlo, lo rechazará al punto con el pie; pero si lo ve un niño,

saltará de gozo y exclamará: ¡Ah!, esto es muy divertido; puede bailar todo un día sin pararse...

Yo, el Niño Jesús, te amo, aunque no tengas atractivos, y te suplico que bailes siempre para divertirme. Pero para hacer bailar el trompo se necesitan *latigazos*. Pues bien: deja que tus hermanas en religión te hagan este servicio, y sé reconocida a las que se muestren más asiduas en hacerte bailar con mayor velocidad... Cuando me haya recreado bastante contigo, te llevaré allá arriba, donde podremos jugar sin padecer.

Tu hermanito (42).
JESÚS

* * *

58.—Tenía yo la costumbre de llorar a menudo y por nonadas, lo cual la apenaba mucho.

Ocurriósele cierto día una idea luminosa: tomando de su mesa de pintura una concha de almeja y sujetándome las manos para impedir que me enjugara los ojos, púsose a recoger mis lágrimas en la concha, y pronto, dejando de llorar, no pude hacer menos de reírme.

(42) La religiosa que nos hace esta confesión es Sor María de la Trinidad, joven novicia de la Santita, a quien siempre demostró mucho cariño. Vea el lector la nota donde hablamos de las novicias de la Santita. «Historia de un alma», cap. IX. (Conf. «Lettres», Année 1896, pág. 360.)

—Vamos —me dijo—; en adelante le permito que llore cuanto quiera, con tal que sea en la concha.

Pues bien; ocurrió que, ocho días antes de su muerte, había yo llorado toda la tarde pensando en su próxima partida. Como ella lo advirtiese, me dijo:

—V. C. ha llorado. *¿Ha sido en la concha?*

Le dije la verdad... y mi confusión la entristeció. Entonces replicó:

—Voy a morir, y ciertamente no estaré tranquila respecto de V. C. si no me promete seguir con toda fidelidad mi consejo, porque lo considero de importancia capital para su alma.

Le di mi palabra, pidiendo, con todo, como una gracia, el permiso de poder llorar libremente por su muerte.

—¿Por qué llorar por mi muerte? ¡Qué lágrimas tan inútiles! ¡Llorar por mi dicha! Pero, vamos, tengo lástima de su debilidad, por lo que le permito que llore, pero solamente los primeros días. Después tendrá que tomar de nuevo la concha.

Confieso que, aunque me ha costado esfuerzos heroicos, he sido fiel.

Cuando quería llorar, me armaba con valor del despiadado instrumento; mas el cuidado que tenía que poner en pasarlo de un ojo al otro distraía mi imaginación del asunto que motivaba mi pena; gracias a ese ingenioso procedimiento, no tardé en curarme completamente de mi excesiva sensibilidad.

59.—Quería yo privarme de la Sagrada Comunión por una infidelidad que le había causado mucha pena, pero de la que yo estaba amargamente arrepentida. Le escribí mi resolución, respondiéndome ella con el siguiente billetito:

«Querida florecita de Jesús: basta que por la humillación de su alma, *sus raíces se nutran de la tierra...* Es preciso que entreabra, o mejor, levante bien alto su corola, para que el pan de los Angeles, cual rocío divino, venga a fortalecerla y a dotarla de todo cuanto le falte.

Adiós, pobre florecilla; pida a Jesús que cuantas oraciones se hagan por mi salud sirvan para aumentar el fuego que debe consumirme» (43).

60.—«En el acto de comulgar, me represento algunas veces mi alma como si fuese una criatura de tres o cuatro años, la cual, a fuerza de jugar, trae desgreñados los cabellos y sucios los vestidos. (Estas desgracias me han sucedido luchando con las almas.) Mas pronto acude presurosa la Virgen María y, con toda diligencia, me quita el *delan-*

(43) Este billetito sin fecha lo escribió en junio de 1897 a Sor María de la Trinidad, que sufría un pequeño escrúpulo. Véase «Lettres», Année 1897, pág. 404.

talito que está sucio, arregla mis cabellos y los adorna con una bonita cinta o tan sólo con una florecita... Esto basta para hacerme graciosa y para que pueda sentarme sin rubor en el festín de los ángeles.»

* * *

61.—En la enfermería, casi no esperábamos a que hubiese terminado de dar gracias, para hablarle y pedirle consejo. Al principio se entristeció y se quejó suavemente de nuestra conducta; pero luego nos dejó hacer, diciéndonos:

—He pensado que no debía desear más descanso que Nuestro Señor. Cuando se retiraba al desierto después de haber predicado, luego iban las gentes a turbar su soledad (44). Vengan, pues, a mí cuanto quieran. He de morir con las armas en la mano, *teniendo en la boca la espada del espíritu, que es la palabra de Dios* (45).

* * *

62.—Dénos un consejo para nuestras direcciones espirituales. ¿Cómo hemos de portarnos con ellas?

—Con gran sencillez, sin contar demasiado con un socorro que puede faltarles en cualquier mo-

(44) Vea el lector «Novissima Verba», 30 de julio.

(45) Este mismo pensamiento nos lo expresa en su «Novissima Verba», 9 de agosto.

mento. Pronto se verían precisadas a exclamar, como la esposa de los Cantares: *Los guardias quitáronme mi manto y me hirieron, y sólo al adelantarme un poco a ellos me encontré al que yo amo* (46). Si preguntan con humildad y sin apego dónde está el Amado, *los guardias se lo indicarán*. Con todo, lo más común es no hallar a Jesús sino después de *haberse adelantado* a toda criatura. Por mi parte, ¡cuántas veces he repetido aquella estrofa del Cántico espiritual:

No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan,
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo (47).

* * *

63.—Si, por un imposible, el mismo Dios no viese mis acciones, no me apenaría por ello. Le amo tanto, que quisiera poder darle contento sin que supiera que le viene de mí. Sabiéndolo y

(46) Epístola a los Efesios, VI, 17.

(47) «Cántico espiritual de nuestro P. S. Juan de la Cruz». Estrofas VI y VII.

viéndolo, está como obligado de algún modo a corresponder... y quisiera evitarle esta molestia.

* * *

64.—«Si hubiese sido rica, me habría sido imposible ver un pobre hambriento sin darle de comer. Lo mismo hago ahora en mi vida espiritual; apenas he ganado algo, como sé que hay multitud de almas en peligro de condenarse, les doy todos mis tesoros espirituales. Todavía no he hallado el momento en que pueda decirme: “Ahora voy a trabajar para mí.”»

* * *

65.—«Hay personas que todo lo toman de manera que sirva solamente para darles la mayor pena; yo, al contrario, siempre veo el lado bueno de las cosas. Si solamente experimento dolor sin mezcla alguna de alivio, me gozo con el mismo dolor» (48).

* * *

66.—«Siempre me satisfizo lo que Dios me dio, aun las mismas cosas que me parecen inferiores y menos hermosas que las de las otras» (49).

* * *

(48) Véase «Novissima Verba», 21 de mayo.

(49) Véase «Novissima Verba», 21 de julio.

67.—«Cuando era pequeña, me dieron en casa de mi tía un hermoso libro para leer. En una historieta vi que se alababa mucho a una directora de una casa de educación, porque sabía con mucha discreción salir bien de todos los apuros, sin ofender ni mortificar a nadie. Consideré sobre todo esta frase: “A ésta decía: V. no se equivoca; a aquélla: V. tiene razón.” Mientras eso leía, me decía interiormente: “¡Oh, yo no lo hubiera hecho así; debe decirse siempre la verdad!”

Ahora la digo siempre. Me cuesta mucho más trabajo, es verdad, porque es preciso reconocer que sería sumamente fácil, cuando viene para manifestar algún disgusto, echar la culpa a los ausentes; al punto, la que se queja se tranquilizaría. Sí, pero... yo hago todo lo contrario. Si por esta razón no soy amada, no importa. No acudan a mí si no quieren saber la verdad.

Para que una corrección produzca su fruto, es preciso que cueste hacerla; y hay que hacerla sin la más ligera sombra de pasión en el corazón.

No conviene que la bondad degenera en debilidad. Cuando se ha reñido con justicia, hay que dejar estar las cosas y no llegar a enternecerse hasta extremo de sentir aflicción por la pena causada. Correr detrás de la corregida para consolarla, más bien es dañarla que hacerle bien. Abandonarla a sí misma, es forzarla a no esperar consuelo humano y recurrir a Dios, a reconocer sus faltas y a humillarse. De lo contrario, se acostumbraría a

ser consolada después de una corrección merecida y haría como los niños mimados, que patalean y gritan, porque saben que así harán volver a su madre para enjugar sus lágrimas.»

* * *

68.—*Haced que la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, esté siempre en vuestro corazón y en vuestros labios* (50). Si encontramos un alma que nos es antipática, no la rechazamos ni la abandonemos nunca. Tengamos siempre *la espada del espíritu* para reprenderle sus faltas; no dejemos correr las cosas para conservar nuestra tranquilidad; debemos combatir sin cesar, aunque no tengamos esperanza de ganar la batalla. ¿Qué importa el éxito? ¡Adelante siempre!, por grande que sea la fatiga del combate. No digamos: «No conseguiré provecho alguno con esta alma; no discierne, hay que abandonarla.» ¡Oh, esto sería una cobardía! Hay que cumplir con el deber hasta el último trance.

* * *

69.—«Antes, cuando alguno de mi familia estaba acongojado y en el locutorio no conseguía consolarle, me iba con el corazón traspasado; pero

(50) Epístola a los Efesios, VI, 17.

pronto me dio a entender Jesús que yo era incapaz de consolar un alma. Desde aquel día, ya no me afligía cuando alguno se iba triste; encomendaba a Dios los trabajos de aquellas personas queridas, y sentía perfectamente que era escuchada, de lo cual me convencía tan pronto como volvían al locutorio. Después de esta experiencia, si involuntariamente molesto a alguien, ya no me aflijo; pido con sencillez a Jesús que repare el mal hecho por mí.»

* * *

70.—¿Qué piensa de tantas gracias con que ha sido colmada?

—Pienso que el *Espíritu de Dios sopla donde quiere* (51).

* * *

71.—Decía a su Madre Priora:

—Madre mía, si llegara a ser infiel, si cometiese sólo la más ligera infidelidad, siento que sería seguida de espantosas turbaciones y no podría ya aceptar la muerte.

Mas como la Madre Priora se manifestara sorprendida de oír semejante lenguaje, replicó:

—Hablo de una infidelidad de orgullo. Por ejemplo, si dijese: «He adquirido tal o cual virtud, puedo practicarla», o bien: «¡Oh, Dios mío! Sabes

(51) Juan, III, 8.

que te amo demasiado para entretenerme en un solo pensamiento contra la fe»; al punto, estoy convencida de ello, me vería acometida de las más peligrosas tentaciones y sucumbiría con toda seguridad.

Para evitar esta desgracia, sólo he de decir con toda humildad de corazón: «¡Oh, Dios mío, te ruego que jamás permitas que te sea infiel!»

Comprendo perfectamente que San Pedro cayese. Contaba demasiado con el ardor de sus nobles sentimientos, en vez de apoyarse únicamente en la fortaleza divina. Tengo la seguridad de que si él hubiese dicho a Jesús: «Señor, dame fuerzas para seguirte hasta la muerte», esta fuerza no se la hubiera negado.

Madre mía, ¿cómo es que nuestro Señor, sabiendo lo que iba a acontecer, no le dijo: «Pídeme fortaleza para realizar tu deseo»? Creo que debió de ser para enseñarnos dos cosas: la primera, que por su presencia sensible no enseñaba a los Apóstoles más de lo que nos está enseñando a nosotros con las buenas inspiraciones de su gracia; y la segunda, que estaba destinado San Pedro a gobernar toda la Iglesia, donde hay tantos pecadores, convenía que experimentase por sí mismo lo poco que puede el hombre sin el auxilio de Dios. Por esto, antes de la caída, le dijo Jesús: *Tú, cuando vuelvas en ti, confirma a tus hermanos* (52): esto

(52) Luc., XXII, 32.

es, refiéreles la historia de tu pecado, enséñales por tu experiencia propia cuán necesario es para la salvación apoyarse exclusivamente en Mí (53).

* * *

72.—Me daba mucha pena verla enferma, y le repetía a menudo:

—¡Oh, qué triste es la vida!

Mas ella, luego me corregía, diciendo:

—¡La vida no es triste! Al contrario, es muy alegre. Si dijese: «El destierro es triste», entonces, comprendería a V. C. Es un error llamar vida a lo que ha de acabar. Solamente a las cosas del cielo, a lo que jamás puede morir, cabe dar este hermoso nombre; y ya que gozamos de ellas ya en este mundo, la vida no es triste, sino alegre, muy alegre...

* * *

73.—Ella misma era de una alegría que encantaba.

Durante varios días, habiendo estado mucho mejor, le decíamos:

—Todavía no sabemos de qué enfermedad morirá.

—Pues moriré de *muerte*. ¿No dijo Dios a Adán de qué moriría? Le dijo: +*Tú morirás de muerte*— (54).

(53) Véase «Novissima Verba», 7 de agosto.

(54) Génesis, II, 17.

—Pues bien, ¡la muerte será la que venga a buscarla!

—No, no es la muerte la que vendrá a buscarme, sino el mismo Dios. La muerte no es un fantasma, ni un espectro horrible, como se la representa en las estampas. Está escrito en el catecismo que la *muerte es la separación del alma y del cuerpo*, nada más. Pues bien: no temo una separación que ha de unirme con Dios por toda una eternidad.

* * *

74.—¿Vendrá pronto el *divino Ladrón* a robar su racimito de uva?

—Lo distingo de lejos y no seré yo quien grite: ¡*Ladrones!*! antes, por el contrario, le llamo diciéndole: ¡*Por aquí!* ¡*Por aquí!*!

* * *

75.—Decíale yo que los ángeles más hermosos, vestidos de blanco, con rostro alegre y resplandeciente, trasladarían su alma al cielo. Ella me contestó:

—Todas esas alegorías no me causan bien alguno, porque no puedo sustentarme más que de la verdad. Dios y los ángeles son puros espíritus; nadie puede verlos con los ojos del cuerpo tales como son en realidad. Por eso jamás he deseado

gracias extraordinarias. Prefiero esperar la visión eterna (55).

—He pedido a Dios que me conceda un sueño delicioso para consuelo del dolor que siento por su partida.

—¡Ah, he aquí una cosa que jamás hubiera hecho! ¡Pedir consuelo...! Puesto que quiere asemejarse a mí, ya sabe lo que yo digo:

¡Oh, Señor!, no temas que te despierte:
Aguardo en paz las playas de los cielos...

¡Tan agradable es servir a Dios en la obscuridad y en las pruebas, pues sólo acá en la tierra podemos vivir la vida de la fe!

* * *

76.—«Feliz me siento por irme al cielo, pero cuando pienso en estas palabras del Señor: *Mirad que vengo luego, y traigo conmigo mi galardón, para recompensar a cada uno según sus obras* (56), me pregunto cómo se las arreglará conmigo, por cuanto no tengo obras... Pues bien: me recompensará a mí *según las obras de El* (57).

* * *

(55). Véase «Novissima Verba», 5 de agosto.

(56) Apoc., XXII, 12.

(57) Véase «Novissima Verba», 15 de mayo.

77.—Ciertamente no pasará ni un minuto en el purgatorio —le dijimos—, porque, de lo contrario, nadie va directamente al cielo.

—¡Oh, esto me deja sin cuidado; siempre estaré contenta, cualquiera que sea la sentencia de Dios! (58). Si voy al purgatorio, me pasearé por entre las llamas como los tres niños del horno de Babilonia, cantando el cántico del amor.

* * *

78.—En el cielo la colocarán entre los serafines.

—Si es así, no los imitaré; porque *todos se cubren con sus alas* en la presencia de Dios, y *yo me guardaré bien de taparme con las alas*.

* * *

79.—Le enseñaba una fotografía que representaba a Juana de Arco consolada en la cárcel por «sus voces». Sor Teresita me dijo:

—A mí también me consuela una voz interior. Desde allá arriba los santos me animan y me dicen: «Mientras estés prisionera en la tierra, no podrás llenar tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará el tiempo de tus conquistas» (59).

* * *

(58) Isaías, VI, 2.

(59) Vea el lector «Novissima Verba», 10 de agosto.

80.—«En el cielo, Dios hará siempre mi voluntad, porque acá en la tierra jamás he hecho la mía» (60).

* * *

81.—Preguntábanle bajo qué nombre deberían invocarla cuando estuviese en el cielo.

—Llámenme *Teresita* —respondió humildemente (61).

* * *

82.—Nos mirará desde lo alto del cielo, ¿verdad?
—No; *bajaré*.

* * *

83.—Citemos por fin este rasgo conmovedor:

(60) Vea el lector «Novissima Verba», 12 de julio.

(61) Esto es una completa refutación de los que se empeñan en no llamar a la Santita con el gracioso y humilde nombre de Teresita. Así se lo puso la Madre Priora cuando aquellas visitas al locutorio de la Santa, todavía niña. Así quiso llamarse, y este nombre le correspondía por ser la Capitana del Caminito de Infancia.

Es verdad que en los documentos oficiales de la Iglesia se llamará siempre Teresa del Niño Jesús por el carácter de tales archivos, pero en el cielo tachonado de brillantes estrellas siempre aparecerá escrito con la misma sencillez y encanto: Teresita; y de los encendidos labios de los serafines se desprenderá el mismo cántico glorioso de la Santa: «Llámenme Teresita.» Los mismos Romanos Pontífices la apellidaron con este humilde nombre.

Algunos meses antes de la muerte de Santa Teresita del Niño Jesús, leíamos en el refectorio la vida de San Luis Gonzaga, llamando mucho la atención a una de nuestras Madres ancianas el conmovedor y recíproco afecto del santo joven y de un venerable religioso de la Compañía de Jesús, el P. Corbinelli, le dijo a nuestra santa hermanita:

—V. C. es el jovencito Luis, y yo soy el viejo Padre Corbinelli; cuando esté en el cielo, acuérdesse de mí:

—¿Quiere, Madre mía, que venga pronto a buscarla?

—No; todavía no he padecido bastante.

—¡Oh, Madre mía!, yo le digo que sí, que ha padecido bastante.

Entonces la Madre Hermancia del Corazón de Jesús replicó:

—No me atrevo todavía a decirle que sí... Para una cosa tan grave, me falta la sanción de la autoridad.

En efecto: se hizo la demanda de permiso a la Madre Priora, y ella, sin concederle importancia, dio una respuesta afirmativa.

Ahora bien: uno de los últimos días de su vida, cuando Santa Teresita del Niño Jesús casi no podía hablar por su debilidad, le fue entregado por conducto de la enfermera un ramo de flores cogidas por la querida Madre, con la súplica de mandarle al punto, en concepto de gracias, una sola palabra de afecto. Esta fue la palabra:

Diga a la Madre Hermana del Corazón de Jesús que esta mañana, durante la misa, he visto la tumba del Padre Corbinnelli muy cercada de la de Luisito.

—Está bien —respondió muy conmovida nuestra buena Madre—, diga a sor Teresita del Niño Jesús que la he entendido...

Desde aquel momento, la Madre quedó persuadida de su próxima muerte, que ocurrió, efectivamente, un año después.

Y según la predicción de Luisito, la tumba del Padre Corbinnelli se encontró junto a la suya.

* * *

84.—«Lo más divertido era ver cómo nuestros agnados a la vez en el bazar. Teniendo diez monedas para el gasto, intentábamos adquirir cinco o más objetos diferentes. Nos acusaba el prurito de ver quién compraba cosas más bellas. Encantadas de nuestras compras, esperábamos impacientes el primer día del año a fin de poder ofrecernos "nuestros agnados". La due se despertaba antes procurábase de ir a felicitar el Año Nuevo. Luego se daban los regalos y cada cual se extasiaba con los tesoros comprados por cincuenta céntimos.

Estos regalitos nos causaban casi tanta alegría como los espléndidos obsequios de mi tío. Por otra parte, aquello era el concierto de nuestras felicitaciones. Aquel día nos vestíamos prontamente y cada

cada una se ponía en acecho para abalanzarse en el cuello de su papá. Desde que salía de su habitación no se oían más que voces de alegría en la casa y este pobre padrecito sentíase dichoso de vernos tan contentas.

Los regalos que María y Paulina hacían a sus hermanitas tampoco tenían mayor valor, pero nos alegraban mucho.» (Escrito por Santa Teresita.)

* * *

85.—«A CADA INSTANTE SE NOS ADVERTIA: “No entréis aquí... No entréis allí... Incurriréis en excomunión.” ¡Ah! ¡Cuán menospreciadas se ven las pobres mujeres! Sin embargo, son más en número que los hombres en el amor de Dios, y, durante la Pasión de Jesucristo, las mujeres se portaron más valientemente que los Apóstoles, pues que ellas no se intimidaron por los insultos de los soldados y se atrevieron hasta a limpiar la Faz adorable de Jesús... Sin duda, por esto permite que el menosprecio sea su herencia en la Tierra, ya que las ha escogido para Sí... En el cielo evidenciará que sus pensamientos no son de los hombres, porque entonces “las últimas serán las primeras”.» (*Carta de Santa Teresita durante su viaje a Roma.*)